

Capítulo IV

La propuesta

Etapa de Autonomía Andina (hasta 1530)

Esta etapa, que se extiende hasta antes de la invasión española, es la más larga de nuestro proceso histórico. Si bien la invasión significó un quiebre brutal, se trata en efecto de un solo proceso: las agrupaciones humanas autóctonas no fueron barridas, no son simplemente el recuerdo de un orden cancelado, sino una continuidad actuante en nuestro devenir social y cultural, sin la cual resultaría inexplicable nuestra conflictividad presente. La carencia de escritura en el mundo andino prehispánico dificulta el conocimiento de esta franja de nuestro pasado. Por ello, apoyándonos en las conclusiones de la historia, la arqueología y la antropología, tendremos que movernos en buena medida en el terreno de las hipótesis.

Lo que podemos afirmar con absoluta seguridad es que el trayecto de toda colectividad humana, aun en los estadios que se suele calificar de “primitivos”, está acompañado por la presencia de un discurso oral que podemos abordar desde una perspectiva literaria. Discursos que tienen asignada una función mítico-religiosa, de ordenación y explicación del mundo. No nos detendremos en estos aspectos que han sido abordados con todo detalle por la antropología moderna. Por si hiciera falta, la prueba contundente de estas aseveraciones está en la rica tradición oral de las diversas etnias de la Amazonía.

Poco podemos conjeturar sobre los momentos más antiguos de esta etapa. En cambio, podemos formular algunas hipótesis sobre el denominado Horizonte Tardío o Inca. Sabemos muy bien que el estado Inca era multiétnico, y que en él el grupo dominante cuzqueño impuso una lengua y un culto oficiales, pero sin anular ni las lenguas, ni los cultos, ni por ende los demás aspectos de las culturas, de las etnias dominadas. Al igual que se impuso un culto oficial, centrado en torno a Inti, divinidad tutelar de los Incas, pero sin anular el culto a las diversas huacas regionales, idéntico fenómeno sucedió con la literatura. Podemos postular la existencia de una literatura inca oficial “ilustrada”, al lado de una multiplicidad de literaturas étnicas señoriales también “de élite”, y de una diversidad de literaturas populares étnicas.

El caso de los mitos de Huarochiri puede ejemplificar muy bien esto. En *Dioses y hombres de Huarochiri*, las alusiones al Inti son muy tangenciales, la divinidad central para los hombres de esa región es indudablemente Pariacaca, en torno a cuya figura se teje un conjunto de relatos míticos; el Sol es en cambio una presencia lejana, la de un culto oficial que se acata pero que no tiene mayor cabida en el imaginario colectivo de la etnia Huarochiri. En el mismo texto se alude también a las huacas de otras etnias, en concreto Huallallo Carhuincho, divinidad huanca, derrotado según esta versión por Pariacaca, en evidente alusión a los conflictos interétnicos entre pueblos vecinos. Como estas divinidades hay muchísimas más, algunas de ellas alcanzando incluso difusión panandina. Así por ejemplo Huiracocha, que figura en los ciclos míticos de diversas etnias y que sería una divinidad organizadora de origen muy antiguo, según las opiniones más verosímiles procedente de la tradición Tiahuanaco-Wari (Horizonte Intermedio). De igual modo Pachacámac, divinidad de origen costeño central que en las postrimerías del imperio incaico comenzaba incluso a amenazar la preeminencia de Inti.

En torno a estas divinidades se organizaron un conjunto de ciclos míticos. Uno de ellos, el Inca, adquirió jerarquía oficial panandina como fruto de la hegemonía cuzqueña. La literatura

oficial Inca incluía los mitos de origen étnicos (mito de los hermanos Ayar) y una serie de cantares sobre los soberanos incas, como por ejemplo los consagrados a Pachacútec, que conforman el texto subyacente a la crónica de Betanzos (BENDEZÚ 1986). Decimos que es ésta una literatura “ilustrada” porque es indudable que fue obra de productores culturales especializados, como Amautas o Haravicus, con sus propias normas discursivas muy distantes de la lengua hablada vulgar. Esta literatura estaba destinada principalmente a ceremonias oficiales y cortesanas. Otras manifestaciones de ella incluían himnos religiosos (muchos de estos recogidos o más bien adaptados en *Ritos y fábulas de los Incas* de Cristóbal de Molina, el cuzqueño) y cantos guerreros.

Por su parte, cada etnia poseía también su propia literatura oficial, elaborada ya sea en quechua o en otras lenguas regionales como el aymara, el puquina, el yunga o el culli, e igualmente producidas por especialistas y destinadas a legitimar el poder de la casta señorial dominante, cuya autoridad fue generalmente mantenida por los incas. Así tenemos mitos de origen regionales, como el caso del de Naylamp, vinculado al señorío del Gran Chimú, y ciclos míticos étnicos como los de Pariacaca y Huatyacuri en Huarochirí. Aparte de estas literaturas ilustradas señoriales podemos afirmar la existencia de literaturas populares, fruto de la creatividad comunal y vinculadas con la actividad agrícola o con los sencillos rituales del culto local (wamanis, jircas, etc.). Manifestaciones de esta índole fueron recogidas especialmente por Guamán Poma.

Hasta donde podemos afirmar, todas estas variadas expresiones literarias eran de carácter oral, no estando aún plenamente claro el papel que jugaban soportes como los quipus, que sin duda desempeñaron una función de tipo mnemotécnico. Algunas pocas muestras de esta riquísima producción literaria fueron recogidas de manera más o menos distorsionada por los diversos cronistas. Con frecuencia no podemos afirmar a ciencia cierta si un texto es propiamente precolombino o si se trata de una variante elaborada en los primeros años de la invasión, o incluso en épocas

posteriores. El texto conservado que mejor refleja una cosmo-visión prehispánica es el ya mencionado *Dioses y hombres de Huarochirí*, recopilado a principios del XVII como parte del proceso de extirpación de idolatrías. Muchas manifestaciones populares procedentes de esta época mantienen una continuidad en la etapa posterior, con mayores o menores modificaciones, fruto de los complejos procesos de transculturación sufridos por el mundo andino.

Etapas de Dependencia Externa (desde 1530 hasta el presente)

Periodo de imposición del dominio colonial (1530-1580)

La invasión española significó sin duda el quiebre más drástico en nuestro proceso histórico. Ella ubicó al mundo andino en una situación de subordinación con respecto a poderes occidentales, en este caso concreto el español. Sin embargo, la imposición de esta dominación de tipo colonial (económica, política, cultural), no fue un simple proceso militar sino una operación de naturaleza mucho más compleja. En efecto, supone ante todo la desestructuración de las esferas del poder, de la producción y de la cultura vigentes en el Tawantinsuyo. Bien sabemos que no se produjo una destrucción total de este ordenamiento, pero que sí fue profundamente trastocado. La fase bélica culmina con la erradicación del último foco de resistencia militar Inca, Vilcabamba. Sin embargo, la resistencia andina proseguirá durante siglos, fundamentalmente en dos planos: la preservación de su matriz cultural, conflictivamente remodelada por el desigual intercambio con la cultura agresora; y la defensa de su organización social de base, el ayllu (transformado en comunidad), contra la expansión terrateniente. Pero es posible afirmar que el orden colonial queda plenamente impuesto cuando se debilita a las primigenias clases dirigentes andinas capaces de abanderar un proyecto autónomo.

En pocos años se produjo la derrota militar del poder Inca, derrota a la que colaboraron activamente numerosas etnias andinas

descontentas, fase que termina con el sofocamiento de la sublevación de Manco Inca. Sin embargo, la resistencia militar prosigue durante un largo periodo en torno al reducto de Vilcabamba, mientras que simultáneamente se desarrolla un prolongado y anárquico momento de guerras civiles entre los conquistadores. Cuando cae Vilcabamba, aún subsistían y conservaban un rol social de considerable importancia las primigenias castas señoriales étnicas. Estos grupos, generalmente anteriores a la dominación Inca, no se sentían solidarios con la organización estatal de éstos y con frecuencia la combatieron incluso militarmente, llegando a aliarse con los invasores españoles. Su preeminencia social y económica fue mantenida, aunque en situación de subordinación al poder central español.

Estos señores étnicos intentaron vertebrar un proyecto social que, reconociendo la hegemonía española y asimilando (por lo menos formalmente) algunos elementos de su cultura, en especial su religión, preservara los mecanismos tradicionales andinos de regulación social y económica, y por supuesto la condición privilegiada de la casta señorial. Quien expresa (aunque algo tardíamente) con más claridad este proyecto es Guamán Poma, que reivindica constantemente su jerarquía social, y postula el respeto al orden andino por ser más eficaz e incluso económicamente más provechoso para la Corona al garantizar la supervivencia de la mano de obra creadora de la riqueza y permitir optimizar la producción.

Pero esta casta señorial va a entrar rápidamente en conflicto con los encomenderos, interesados en usufructuar la tierra y el trabajo indígena, no en provecho de la Corona, sino en beneficio propio. Para lograr este objetivo, aprovechando su control del poder local, irán socavando la preeminencia de los legítimos señores étnicos, limitando sus prerrogativas e incluso cada vez crecientemente sustituyéndolos por curacas usurpadores, incondicionales de los encomenderos e impuestos por éstos. Así fue desapareciendo paulatinamente la casta señorial primigenia, que contaba con una legitimidad sólidamente establecida entre la población

indígena, cancelándose de este modo su proyecto de autonomía andina dentro del marco de la soberanía española.

Es una vez más Guamán Poma quien da mejor testimonio de este proceso. En el acápite conocido como “Camina el autor” de su *Nueva Corónica y buen gobierno* (GUAMÁN POMA 1980), que fue el último redactado y agregado a posteriori al texto, muestra una actitud que contrasta con la del resto de la obra. Si en las demás partes denunciaba acremente los atropellos de los conquistadores, se mostraba optimista sobre la viabilidad de su proyecto de reforma; en cambio en “Camina el autor” predomina un tono de negro pesimismo: el propio autor ha sido víctima de un desplazamiento social, siendo despojado de su condición de curaca legítimo por un advenedizo impuesto por los españoles. En su largo peregrinaje, ya viejo, a Lima, constata por doquier situaciones similares y presencia con desesperanza las brutalidades de la extirpación de idolatrías. Este texto, que Rolena Adorno (GUAMÁN POMA 1980) fecha hacia 1615, es una buena muestra de la desarticulación de la primigenia aristocracia señorial andina, que ya había culminado a fines del siglo XVI. Privadas de un grupo dirigente, las masas andinas pierden por algún tiempo toda posibilidad de actuación social autónoma. Concluye así el largo proceso por medio del cual se impone una dominación colonial al mundo andino.

Paralelamente se procesa un paulatino ordenamiento de la sociedad colonial, obra fundamentalmente de Toledo. Se destruye la institucionalidad andina y se instalan las instituciones coloniales. Se establecen las reducciones de indios, en base a la desestructuración de los ayllus, que son sustituidos por las comunidades. Es implantado un sistema de haciendas, surgiendo un feudalismo andino, con la presencia de encomenderos y corregidores. La sociedad colonial resulta así una sociedad rearcaizada. Se asiste a una gran mortandad de la población andina. La caída demográfica es muy brutal hasta tiempos de Toledo, luego disminuye en algo su violencia. Simultáneamente se producen grandes desplazamientos poblacionales, que conducen a una desestructuración de las etnias tradicionales andinas, a raíz de lo cual surgirá

una conciencia de unidad india inexistente en la época prehispánica. Con el descubrimiento de las grandes minas de azogue y de plata, comienza el gran auge de la producción minera, centralmente en torno a Potosí, que tenía como base la mano de obra proporcionada por la mita. Tienen lugar intensos procesos de transculturación, con grandes movimientos de resistencia andina, como el Taki Onqoy. Hay una imposición formal del cristianismo a la población nativa que lo acepta sin renunciar a sus creencias ancestrales. Lima surge como nuevo centro cultural y se introducen instituciones europeas como la Iglesia, la Universidad, y, ya comenzando el periodo siguiente, la imprenta.

Pasemos a examinar la producción literaria (o discursiva, en un sentido más abarcador) del periodo. En cuanto al discurso de los vencidos, la literatura inca ilustrada pierde prontamente su condición preponderante a consecuencia del rápido colapso del poder central cuzqueño. Se conservan algún tiempo sus manifestaciones, recogidas parcialmente en ciertas crónicas. Las “literaturas prehispánicas” en el caso peruano, se conservan pues básicamente mediante versiones coloniales tempranas recogidas por diversos cronistas: se trata de versiones parciales y distorsionadas por la interferencia de la escritura y el choque cultural. La literatura andina popular (en quechua principalmente, pero también en otras lenguas) mantiene en cambio su vigencia, asimilando poco a poco elementos de procedencia occidental. Un fenómeno de particular interés es el surgimiento de lo que cabe llamar las primeras “textualidades indígenas”, discursos escritos elaborados o promovidos por sectores de las noblezas andinas para sustentar sus reclamos. El caso más interesante en esta etapa temprana es el conocido texto de Titu Cusi Yupanqui.

En cuanto al discurso de los vencedores, surgen manifestaciones aisladas de una literatura o producción discursiva en español. Las primeras en evidenciarse son sus vertientes populares, como es el caso de coplas y romances de la conquista y las guerras civiles, que inauguran el sistema de la literatura popular en español. La expresión más característica de este periodo, en el

ámbito de la escritura, la constituyen las crónicas. Las crónicas no son obras que podamos encasillar en el campo de lo estrictamente literario; pueden ser además abordadas como textos históricos, como documentos sociológicos y antropológicos; lo que resulta indudable es que se trata de discursos fundacionales, inapreciables testimonios del violento encuentro de dos pueblos y dos culturas. Las crónicas, a pesar de su elaboración escrita, no inauguran un sistema literario ilustrado; en buena medida muchas de ellas no tuvieron difusión hasta épocas muy recientes, otras no trascendieron más allá de algunos círculos administrativos, en general la mayoría de ellas se orientaron a un selecto público peninsular, no a un lector local; además los sujetos productores no siempre pueden tipificarse como ilustrados: suelen ser, sobre todo al comienzo, simples soldados. Hay en las crónicas una multiplicidad de variantes y tendencias. Las de los primeros tiempos son sobre todo relatos de los hechos de los conquistadores y de los posteriores conflictos entre éstos, combinados con impresiones frecuentemente confusas sobre las nuevas tierras, e informes imprecisos y poco detallados sobre los pueblos andinos y su organización. A menudo sus versiones de los acontecimientos se orientan a favorecer intereses personales o de grupo. En la estructuración de su discurso predominan todavía muchas veces categorías de tipo medieval. Como representativos de esta clase de cronistas, mencionemos a Jerez, Mena y, más tarde, a Pedro Pizarro, Zárate, el Palentino.

Cronistas posteriores, sin dejar de referir las hazañas de los conquistadores, muestran una mayor voluntad de acercarse al mundo andino y explicar su organización e instituciones. Es el caso de Betanzos, que en buena medida se limita a traducir un cantar Inca, o de Pedro Cieza de León. Algunos cronistas intentan demostrar tesis que apuntan a justificar la dominación española, presentando una imagen del imperio incaico como tiránico y reciente (los llamados Toledanos, entre ellos Polo de Ondegardo y Sarmiento de Gamboa).

Periodo de estabilización colonial (1580-1780)

Durante cerca de dos siglos, el orden colonial vivirá una larga fase de estabilización, que implica tanto la ausencia de conflictos sociales generalizados, como la persistencia de un conjunto de instituciones puestas en marcha fundamentalmente por el virrey Toledo y que mantendrán su vigencia hasta las reformas borbónicas de la segunda mitad del XVIII. Esta sociedad virreinal está dividida en dos segmentos o “Repúblicas” claramente diferenciados tanto en lo social como en lo legal: la “República de españoles” y la “República de indios”.

Desarticulada la posibilidad de un proyecto andino autónomo, el orden colonial conoce pues un momento de auge y equilibrio. No es que la “República de indios” se repliegue a la total pasividad, puesto que se producen reiterados movimientos locales de rebelión, sino que estas luchas aisladas, carentes inicialmente de un grupo social que pueda orientarlas, se ahogan en la dispersión y la falta de objetivos que trasciendan la protesta. La resistencia andina se manifiesta principalmente a nivel cultural. A ella responderá el poder colonial con las campañas de extirpación de idolatrías. Ante estos violentos procesos de aculturación, el mundo andino afirmará su capacidad de supervivencia incorporando elementos occidentales mediante operaciones de sincretismo (fusión de elementos de ambas matrices) o de disyunción (debajo de una apariencia occidental subyace un contenido andino); sabrán asimilar los aportes de occidente pero al hacerlo dejarán en ellos su huella.

Ya se ha apuntado que las élites indígenas andinas se vieron fuertemente debilitadas a fines del siglo XVI. Sin embargo, a lo largo del siglo XVII, en un fenómeno que ha sido poco estudiado, las élites andinas experimentaron una notable recuperación en su situación económica y su gravitación sociopolítica. A finales de ese siglo es ya patente la recomposición de una nueva capa dirigente andina. Los curacas, que en buena cuenta jugaban un papel de intermediarios entre el mundo indio y el español, consolidan su

posición social a través de su actividad de comerciantes, la que les permite acceder a una condición económica desahogada y por ende afirmar su autonomía con respecto al poder colonial. Ésta será la base social del denominado “movimiento” o “renacimiento” inca, que trajo consigo una reivindicación, en gran medida idealizada, del pasado incaico, imagen inspirada en la lectura de Garcilaso (cuya obra no por casualidad será prohibida luego de la derrota de Túpac Amaru).

En estas condiciones, el nuevo sector dirigente andino comienza a diseñar sus propios proyectos. Asistimos inicialmente, a lo largo del XVIII, a una etapa de reformismo andino, con los constantes reclamos de curacas, que llegan incluso hasta la corte española, en pos de lograr mejoras en las condiciones de vida de la población indígena y reformas en la estructura social que le permitan una mayor autonomía. Simultáneamente comienza a desarrollarse todo un ciclo de rebeliones locales, que alcanzarán un primer punto culminante con la sublevación de Juan Santos Atahualpa en una región periférica como la ceja de selva central.

Demográficamente, la población andina continúa en retroceso, pero de manera moderada, ya no se trata de la brutal caída del periodo precedente. Frenada su tendencia decreciente, inicia una sostenida recuperación hacia mediados del XVIII. El sistema de haciendas se va configurando desde el comienzo del periodo, en base al aprovechamiento de la mano de obra andina liberada por la desestructuración del ordenamiento productivo ancestral. Los denominados “forasteros”, indios que huyen de la mita, buscan la protección de las haciendas y se acogen a ellas en condición de yanaconas. La mayor parte de la población permanece sin embargo en las comunidades. Inicialmente la producción minera (fundamentalmente de plata) mantiene su auge, pero hacia mediados del XVII sufre una grave crisis que determina una significativa baja de la producción. A pesar de ello, la producción minera seguirá siendo muy importante y se mantendrá como eje económico del orden colonial. El Virreinato del Perú vive en esos años una prosperidad económica relativa, a pesar de la disminución de la pro-

ducción, gracias a que un muy alto porcentaje de los ingresos permanecía en el país. De ahí el boato y el lujo que caracterizarán a la corte virreinal.

La bonanza económica favoreció el desarrollo del arte, en especial la arquitectura y la pintura. Al igual que en toda América, el barroco se enseñoreó de la vida artística. Es bien sabido que el barroco logró enraizarse profundamente en tierras americanas, y que mantuvo en ellas larga vigencia, al punto que algunos han querido ver en el barroco una presencia continua en la cultura de Nuestra América. En la arquitectura peruana, el barroco ingresa moderadamente a comienzos del xvii, para florecer en su plenitud churrigueresca desde mediados del siglo hasta casi el final del periodo. Pero no se trata de un simple calco del barroco español: ejecutada por alarifes y artesanos andinos, esta arquitectura es buena muestra del sincretismo cultural, en especial en sus decorados internos y externos. Algo parecido sucede en la pintura, donde descuella la escuela cuzqueña, que conoce un momento de esplendor hacia fines del siglo xvii, con pintores indígenas como Diego Quispe Tito o Basilio Santa Cruz Pumacallao, y luego nuevamente en el siglo xviii con Basilio Pacheco. Todo este arte, que podemos denominar transcultural, alcanza su apogeo en el sur andino, con su eje en el Cuzco.

Incluso desde un punto de vista legal, la sociedad peruana colonial estaba dividida, como se ha apuntado, en dos sectores o subsociedades, a las que en la terminología de la época se denominaba “República de españoles” y “República de indios”. La “República de españoles” agrupaba a los españoles peninsulares y a sus descendientes nacidos en suelo americano, los llamados criollos, pero dadas las mezclas raciales que surgieron desde temprano, incluía diversos niveles de mestizaje. Dejando de lado los escasos funcionarios peninsulares, el estamento dirigente de esta “república” era la élite criolla, que mantenía una constante pugna con los sectores peninsulares. El discurso criollo se caracteriza por su adhesión a los paradigmas culturales metropolitanos, por un sostenido esfuerzo de asimilación de esos modelos, pero también

por un persistente afán de remodelarlos y resemantizarlos en función de sus peculiares intereses y sensibilidades: el discurso criollo revela así su carácter bifronte o jánico.

La “República de indios” agrupaba a la población de origen indígena, aunque en ella se dieron igualmente procesos complejos de mestizaje. Esta “república” contaba también con su élite dirigente, conformada por la nobleza indígena. El discurso andino es la expresión de esta élite bilingüe y bicultural. Sus prácticas discursivas, de carácter eminentemente transcultural, incluyen textos escritos tanto en quechua como en español.

Las prácticas discursivas de esas élites se sitúan en el ámbito de la “ciudad letrada” y configuraron sistemas literarios (en una acepción laxa de lo literario). Para constituir una literatura no basta la existencia de algunos textos: un sistema literario supone un grupo de productores especializados, un conjunto de receptores y una gama de códigos compartidos. En el ámbito criollo, ya a finales del siglo xvi puede notarse la conformación de un sistema literario de élites. Pero al lado de este sistema literario, que tenía su centro en Lima, la capital virreinal, y que ocupaba una posición de indudable predominio, en el Perú colonial el discurso andino dio lugar a la aparición de otro sistema literario, verdad que incipiente e inestable, cuyo centro gravitacional estaba en el Cuzco, la antigua capital del Tawantinsuyo, ciudad en la que la nobleza indígena continuó teniendo una importancia muy significativa. Pasemos a examinar más de cerca estos dos ámbitos discursivos de la ciudad letrada.

Veamos primero el ámbito del discurso criollo, el sistema de una literatura ilustrada o de élites en español. Hacia inicios del periodo se configura plenamente este sistema de la literatura ilustrada en español en la corte virreinal de Lima. La secuencia literaria dominante lleva entonces la huella del renacentismo italianizante, aunque se van haciendo progresivamente presentes rasgos barrocos subordinados. Se trata de una literatura de tipo cortesano, destinada a una élite social, vinculada con la pompa ceremonial del virreinato, y en la que desempeñaron un papel relevante

las primeras academias literarias. En ella podemos distinguir una lírica, en la que destacan las poetisas anónimas (las autoras de la *Epístola de Amarilis a Belardo* y del *Discurso en loor de la poesía*), y una épica centrada, ya en el tema de la conquista (destaca *Armas antárticas* de Miramontes y Zuázola), ya en el tema religioso (allí se inscribe una de las obras más importantes de esta fase inicial del periodo, *La Cristiada* de Hojeda).

Al avanzar el siglo xvii, el barroco aparece como secuencia emergente. A lo largo de las primeras décadas irá desplazando poco a poco la influencia del renacentismo italianizante, hasta constituirse en dominante. Las primeras obras barrocas son poemas de naturaleza religiosa o áulica. La pompa cortesana limeña alcanza su plenitud bajo el manto del barroco, cuyo carácter eminentemente ceremonial incorpora una producción literaria que contribuyó a realzar el prestigio del poder imperial español. Los escritores se valen de su brillo intelectual para alcanzar prebendas o ascensos en la burocracia colonial. Pero, por otro lado, el barroco fue también instrumento de expresión de una conciencia criolla que irá perfilándose a lo largo del periodo.

En la segunda mitad del xvii, el barroco alcanza su apogeo (no sólo en la literatura, como hemos visto). La vida literaria gira entonces en torno a dos centros: Lima y Cuzco. Lima, capital virreinal, constituye un polo más vinculado a la influencia de la metrópoli; la producción barroca que en ella se elabora es básicamente imitativa y raramente trasciende el ritualismo cortesano. Hay sin embargo una importante excepción, Caviedes. La obra de Caviedes, si bien vinculada al magisterio de Quevedo, posee acentos personales y constituye una de las primeras muestras de un particularismo criollo limeño. El barroco cuzqueño, en cambio (al igual que en la pintura o la arquitectura), muestra la huella del aporte indígena. No es casual que su mayor representante sea un andino (seguramente mestizo), Juan de Espinosa Medrano, mejor conocido como el Lunarejo. Si Guamán Poma se esforzaba por demostrar, con frecuente torpeza, un manejo de la herencia occidental, el Lunarejo en cambio evidencia dominarla a cabalidad; el hombre

andino ha sido capaz de apropiarse tan a fondo de ese bagaje cultural que inútilmente se buscaría en la España de entonces alguien que comprendiera y defendiera mejor la obra de Góngora; fue además el Lunarejo el mejor orador sagrado de su tiempo.

En las primeras décadas del siglo XVIII comienza a manifestarse como secuencia emergente el neoclasicismo afrancesado, con su sesgo racionalista que anuncia la Ilustración. El barroco mantiene su posición dominante pero va contaminándose de elementos neoclásicos. El autor más representativo de esta fase final del periodo es Peralta, espíritu enciclopédico desgarrado entre la escolástica y la experimentación científica. Su obra específicamente literaria es fundamentalmente barroca, aunque en su teatro se manifiesta una inicial influencia francesa.

Veamos ahora el discurso andino. El corpus discursivo andino comprende en primer lugar un conjunto de crónicas de inicios del siglo XVII (las llamadas crónicas mestizas o andinas), en las que se propone un balance de la imposición del dominio colonial español y de la ubicación de los grupos señoriales nativos en ese nuevo orden (la *Nueva crónica...* de Guamán Poma, los *Comentarios reales*, de Garcilaso, la obra de Santa Cruz Pachacuti). Guamán Poma, además de lanzar una dura requisitoria contra el orden colonial español, formula una primera utopía andina (BURGA 1988), centrada en un inviable retorno al pasado, a las primigenias instituciones andinas, dentro del marco del imperio español. Garcilaso —sin criticar abiertamente al sistema colonial, pero deslizando un sutil cuestionamiento de este orden a través de diversas estrategias discursivas— formula una segunda utopía que busca la convergencia de los herederos de los conquistadores y de los supervivientes de la nobleza Inca, asignando un rol importante a los mestizos de origen noble (como él mismo). Esta utopía constituirá el sustento ideológico del posterior renacimiento Inca.

El discurso andino incluye también la producción más canónicamente literaria, el teatro quechua colonial. Junto con la pintura de la escuela cuzqueña, el teatro quechua colonial constituye la expresión artística más destacada del renacimiento Inca, cuyo

centro mayor fue la ciudad del Cuzco. Estas expresiones revelan la apropiación andina de los códigos del barroco, configurando un barroco transcultural o barroco andino. Así pues, los códigos del barroco, en el caso peruano, no sólo posibilitan la constitución de un sujeto criollo, sino también de un sujeto andino. El teatro quechua forma parte de esa rica y poco estudiada corriente de revitalización cultural andina, configurando la expresión literaria más destacada de ese esfuerzo de recomposición de un nuevo grupo dirigente andino que es el renacimiento Inca. Aunque no están cabalmente resueltos los problemas de datación del teatro quechua colonial, sin embargo se ubican casi con seguridad a finales del siglo xvii obras como *El pobre más rico*, comedia religiosa, y *Rapto de Proserpina y sueño de Endimión* y *El hijo pródigo* (ambas debidas al Lunarejo), inscritas en la tradición española del auto sacramental. Estas obras son buenas muestras del sincretismo cultural al que ya hemos hecho alusión. Es posible adscribir al siglo xviii obras como el *Usca Paucar* (también comedia religiosa) y sobre todo el *Ollantay*, joya máxima del teatro quechua colonial. Este teatro, no restringido ya a los temas religiosos, y que se estructura en buena medida en torno a normas escriturales procedentes del barroco español, revela un orgulloso aprecio del pasado y de la cultura andinos, expresión del pujante renacimiento Inca.

Por último, el corpus discursivo andino abarca los textos (sobre todo memoriales) del siglo xviii en los que se expresa de manera más nítida el proceso de recomposición de las élites indígenas al que se ha denominado movimiento o renacimiento Inca, destacando en especial el texto conocido como *Representación verdadera* (1748), síntesis de las denuncias y demandas andinas, expresión cabal de la que se ha denominado fase reformista del renacimiento Inca, previa a la fase insurreccional liderada en 1780 por Túpac Amaru.

La literatura andina popular, sometida a complejos procesos de transculturación, se configura por entonces plenamente como una literatura de resistencia, destinada a mantener por siglos su vigencia, incorporando elementos de procedencia occidental, pero preservando su matriz cultural primigenia.

Periodo de crisis del régimen colonial (1780-1825)

Desde la primera mitad del siglo XVIII comienzan a notarse incipientes síntomas del resquebrajamiento del orden colonial. Se multiplican rebeliones y sublevaciones locales. Pero sobre todo un sector del grupo dirigente andino opta por pasar de una acción reformista a una acción abiertamente insurreccional: el movimiento Inca ingresa en su fase revolucionaria. Por otro lado, la agudización de las contradicciones entre las élites criollas limeñas (beneficiarias del régimen colonial) y provincianas, llevaron a algunos sectores de estas últimas a una alianza con los movimientos indígenas, que finalmente desembocarán en la corriente insurreccional encabezada por Túpac Amaru. Esta gran sublevación que estremece el sur andino, cuya dirección está centralmente en manos nativas, teniendo como aliados menores a sectores mestizos y criollos, es finalmente aplastada y su derrota posibilitará la disgregación del nuevo grupo dirigente indígena.

Simultáneamente a esta contraofensiva del mundo andino, el orden colonial se ve afectado por otras dificultades. La metrópoli española, sumida ya en una profunda decadencia, y amenazada en sus propios dominios por la creciente ingerencia inglesa, busca resarcirse optimizando el rendimiento de sus posesiones americanas. El denominado reformismo borbónico apunta a destinar el porcentaje mayor de los ingresos coloniales al refuerzo de la propia economía peninsular, en perjuicio de las élites criollas. Para ello se ponen en marcha una serie de medidas administrativas que intentan dinamizar el aparato colonial. Así, se le va restando importancia al Virreinato del Perú, mediante la creación sucesiva de los de Nueva Granada y del Río de la Plata; igualmente, el reglamento de comercio libre golpea el monopolio limeño. Ante esto, los grupos criollos reaccionarán en defensa de sus intereses elaborando inicialmente un proyecto de naturaleza reformista, sustentado en la afirmación de los particularismos americanos, y tendiente a restringir las atribuciones del poder central español; esta orientación la representa a cabalidad la Sociedad Amantes del País.

Ante el vacío de poder generado en España por la invasión napoleónica, en el Perú, al igual que en el resto de posesiones españolas, el proyecto criollo, surgido como reformista, devendrá finalmente en emancipatorio, a pesar de las infinitas vacilaciones de la alta aristocracia criolla limeña. Los remanentes del grupo dirigente andino, aún significativos, intentarán ponerse a la cabeza de este proceso, compartiendo la dirección del movimiento con sectores criollos y mestizos. Derrotada la rebelión de Pumacahua, la dirigencia andina quedará definitivamente dispersada y la dirección del movimiento emancipatorio exclusivamente en manos criollas, que sin embargo serán incapaces de llevar adelante el proceso sin apoyo de contingentes procedentes de otras partes de Sudamérica. Empero, la presencia de las masas andinas será activa en las luchas de la Independencia, pero ya sin participar en la dirección. Como apreciamos, el conjunto del periodo está atravesado por la confrontación de tres proyectos contrapuestos para enfrentar la crisis del orden colonial: el reformismo borbónico, el proyecto criollo y el proyecto andino. Sobre la derrota andina, la dirección criolla sentará las bases de la nueva república.

Examinemos el proceso literario en este turbulento periodo. En cuanto al discurso andino, hay que destacar los múltiples discursos escritos y orales ligados con el ciclo revolucionario de Túpac Amaru. Adquieren especial relieve textos como la *Genealogía* (1777) elaborada por el propio José Gabriel Condorcanqui para legitimar sus pretensiones de heredero de la estirpe imperial inca, y como el texto mucho más tardío debido a su hermano Juan Bautista Túpac Amaru, *Cuarenta años de cautiverio* (1824). Se podría incluir aquí, con las reservas debidas a las incertidumbres de la cronología, una obra tardía del teatro quechua colonial: probablemente corresponden a este periodo algunas de las versiones más antiguas que se conservan del drama luego vastamente difundido en el mundo andino, la *Tragedia del fin de Atahualpa*.

A fines del siglo XVIII, el espíritu de la Ilustración es dominante en todos los ámbitos de la cultura del Virreinato. En el campo de la literatura ilustrada en castellano, un barroco declinante de

prolongada duración va siendo desplazado por el neoclasicismo afrancesado, que se constituye en dominante en la segunda mitad del XVIII. Hay que distinguir sin embargo una vertiente discursiva ligada a los afanes del reformismo borbónico, cuya obra más representativa, ya muy ligada al espíritu de la Ilustración, más allá de su marco de apariencia picaresca, es *El Lazarillo de ciegos caminantes*, de Alonso Carrión de la Vandra. Esta obra, con su afán de optimizar la infraestructura colonial en función de los intereses metropolitanos, y sus virulentas críticas a indios y criollos, refleja cabalmente los propósitos del reformismo borbónico. Otra obra destacable en esta vertiente es *Lima por dentro y fuera* de Terralla y Landa, sátira acremente peninsularista y anticriolla.

El reformismo criollo, ya bajo marcos ilustrados, tiene su más cabal expresión en el *Mercurio Peruano*, donde hombres como Unanue o Baquíjano y Carrillo desarrollan una reflexión sobre lo característico del Perú y descubren una identidad en las peculiaridades de su geografía. A resaltar estos particularismos locales contribuyó también la obra descriptiva de numerosos viajeros ilustrados europeos. La versión más radical de ese inicial nacionalismo criollo se encuentra en la *Carta a los españoles americanos* del jesuita exilado Juan Pablo Vizcardo y Guzmán. El independentismo criollo tiene su ideólogo más significativo en Sánchez Carrión y alcanza su mayor plasmación literaria en la obra poética de Olmedo. Un caso marginal en la literatura ilustrada de tiempos de la Emancipación lo constituye Melgar, criollo sureño que participa en el movimiento de Pumacahua. Si la mayor parte de su breve producción lírica se inscribe en los cánones del neoclasicismo más prístino, sus Yaravíes, que incorporan en su organización textual el aporte indígena, son muestra cabal de esa heterogeneidad literaria destinada a dar frutos mayores en la literatura peruana.

En estos tiempos de crisis, la literatura popular en castellano muestra particular riqueza. Sus manifestaciones aparecen estrechamente vinculadas con las tormentas sociales de la época. Así, ya desde la primera mitad del XVIII, tenemos un ciclo de poemas po-

pulares relacionados con las luchas de Antequera en el Paraguay, que critican con frecuente dureza al virrey Marqués de Castelfuerte. Otro ciclo gira en torno a las sublevaciones indígenas, especialmente las de mediados de siglo, pero también la de Túpac Amaru, con expresiones a favor y en contra de los movimientos andinos. Numerosos panfletos y poesías anónimas se dirigen también contra el virrey Amat y su querida la Perricholi. Por último, un ciclo de poesía popular refleja las tensiones de la época de la Emancipación, recogiendo el parecer de los bandos contendientes.

Periodo de la República oligárquica (1825-1920)

La independencia del Perú se asienta sobre la derrota de las masas andinas y la desarticulación de su dirección. Por eso asistimos a la paradoja de que los herederos de los encomenderos coloniales se hacen cargo del gobierno de la nueva república. Se instaura así un estado oligárquico, expresión del poder de los terratenientes y la burguesía comercial. Es lógico por ello que luego de la independencia se presencie un amplio y violento proceso de expansión de las haciendas, en base al despojo de las comunidades indígenas. La presencia andina se hará sin embargo sentir a lo largo del periodo en numerosos levantamientos, lamentablemente aislados y sin perspectiva clara, entre los que destacan los de Juan Bustamante en Puno y de Atusparia en Áncash.

Los primeros años de la república son años de anarquía militar. La contradicción existente entre la estructura socioeconómica de tipo cuasi feudal y la organización política burguesa, junto a la debilidad de las clases dominantes, hacen que éstas sean incapaces de hacerse cargo directamente del poder, generando el caudillismo militarista. Hacia mediados de siglo, el aprovechamiento de los recursos guaneros posibilitará una estabilización del aparato estatal y dará lugar a una era de prosperidad falaz. Se recurre a grandes empréstitos externos para financiar el funcionamiento del estado, lo que generó una subordinación a Inglaterra.

La agricultura costeña conoce entonces una recuperación, particularmente en la producción de algodón y azúcar, orientada a la exportación. Esta etapa de prosperidad es liquidada por la catástrofe de la guerra con Chile. El conflicto develó palmariamente la incapacidad de las clases dominantes; son las masas andinas, encabezadas por Cáceres, quienes protagonizarán los mejores episodios de la resistencia nacional.

A consecuencia de la guerra, el país queda postrado, y su aparato productivo totalmente desarticulado. La reconstrucción se opera a costa de hipotecar el patrimonio nacional en el contrato Grace. Con la llegada al poder de Piérola se inicia una nueva etapa de estabilidad, la llamada República Aristocrática, marcada por la hegemonía del Civilismo. La agricultura costeña se moderniza, mientras que la sierra vive un proceso de refeudalización, con una nueva expansión de la propiedad terrateniente. A pesar de un inicial resurgimiento de la minería, impulsado por capitales extranjeros, predomina la exportación agropecuaria. Nuevos fermentos ideológicos comienzan a penetrar en la enrarecida atmósfera intelectual peruana, en especial el positivismo y, más limitadamente, el anarquismo. Los últimos años del periodo ven un inicial desarrollo industrial, con la consiguiente aparición de una clase obrera que protagoniza sus primeras luchas y construye sus primeras organizaciones. Empiezan a surgir manifestaciones iniciales de reivindicación indígena, acompañadas de sublevaciones importantes como la de Rumi Maki. Todos estos movimientos populares comienzan a poner en cuestión el orden oligárquico.

En la literatura ilustrada o de élites, podemos percibir en una fase inicial que la secuencia dominante es una peculiar modulación del neoclasicismo, el denominado costumbrismo. Esta modalidad literaria, interesada en presentar la peculiaridad limeña a través de los usos y los tipos característicos, incorpora parcialmente en su discurso la oralidad popular costeña, aunque sigue rigiéndose por modelos escriturales españoles. Podemos distinguir dos orientaciones en su interior, una aristocratizante representada por Pardo y Aliaga, y otra popular-mesocrática representada por

Segura. Los géneros más cultivados son la comedia, la poesía satírica y el artículo de costumbres.

Hacia mediados de siglo aparece como secuencia emergente el romanticismo, que poco a poco va desplazando al costumbrismo, hasta constituirse en secuencia dominante hacia la década del sesenta. El costumbrismo se mantendrá como secuencia residual, incrustando muchos de sus rasgos en secuencias literarias de distinta índole. El romanticismo peruano se caracterizará por su inautenticidad y domesticación, conservando mucho del retoricismo neoclásico. El género más frecuentado es la lírica, escribiéndose también unas pocas novelas, producción en gran parte de escasa calidad. Caso aparte lo constituye Palma, que además de aportar un género, la tradición, maneja con acierto el habla popular limeña. Aunque surgido tardíamente, el romanticismo conocerá una prolongada vigencia hasta tornarse residual, pero contaminando con su influencia la obra de autores realistas e incluso modernistas.

Luego de la guerra con Chile surge como secuencia emergente el realismo, para lograr desplazar al romanticismo y constituirse en dominante por muy pocos años. Este realismo superficial, sustentado en un positivismo morigerado, arrastra significativos rezagos románticos y aun costumbristas, como es visible en la obra de Clorinda Matto y Mercedes Cabello. Su género predilecto es la novela, generalmente orientada a la ilustración de alguna tesis de reforma moral.

Casi simultáneamente aparece como emergente el modernismo, representado por la obra poética de González Prada. El modernismo conocerá mayor fortuna que el realismo, al que desplazará rápidamente, consolidándose como dominante de forma más duradera en los primeros años del xx. Los modernistas cultivarán principalmente la poesía, aunque incursionarán también en la narrativa (Clemente Palma, Ventura García Calderón). La figura más representativa del esplendor modernista es Chocano, que si bien incorpora en su escritura muchas de las conquistas del modernismo hispanoamericano, muestra en su grandilocuencia enfática la huella de la herencia romántica y de la retórica hispanista.

En la última década del periodo se hace visible el agotamiento del modernismo. Surgidas del propio seno del movimiento, las obras de Eguren y Valdelomar anuncian la emergencia de la vanguardia y el regionalismo. Estos autores representan la transición a la modernidad en la literatura peruana. Asimismo, en los últimos años del periodo se intentan los primeros esfuerzos por explicar y sistematizar nuestro proceso literario (Riva-Agüero, Gálvez).

En el campo de la literatura popular andina de resistencia, a cuyo desarrollo secular ya hemos aludido, se produce una importante novedad, el inicio de las primeras recopilaciones de esta abundante producción oral, que permitirán un mejor conocimiento de todo un sistema literario. *Azucenas quechuas*, de Adolfo Vienrich, la primera de estas recopilaciones, es expresión de la renaciente pujanza de las reivindicaciones andinas. En cuanto a la literatura popular en castellano, al final del periodo podemos apreciar manifestaciones como la poesía obrera vinculada al movimiento anarquista. No hay que dejar de mencionar algunos intentos de literatura escrita en quechua, básicamente esfuerzos de producción dramática a cargo de autores cuzqueños a fines del XIX y primeras décadas del XX.

Periodo de crisis del estado oligárquico (1920-1975)

Nuevos actores sociales surgen en la escena nacional: los movimientos populares. La larga resistencia andina adquiere entonces una nueva dimensión al integrarse en un torrente de fuerzas más vasto, sin perder sus reivindicaciones propias. El contingente andino constituye el sustento del nuevo movimiento campesino que lucha por la tierra, pero es también el manantial del que se nutre la joven clase obrera peruana. Ya no se trata de un conflicto entre la "República de indios" y la "República de españoles", sino del enfrentamiento entre dos proyectos sociales. El proyecto nacional y popular aglutina las fuerzas del campesinado, de la clase obrera, de la pequeña burguesía e incluso de sectores de la bur-

guesía, contra pequeñas minorías sociales vinculadas en muchos casos a intereses imperialistas. Orientadas en función de ese proyecto social, las reivindicaciones andinas cobran un nuevo sentido. Indudablemente, quien mejor contribuyó a diseñar el proyecto popular fue José Carlos Mariátegui. Mariátegui supo trazarle un norte: acabar con un orden social injusto y opresivo, para construir uno nuevo, el socialismo peruano, lo que planteaba la exigencia de peruanizar al Perú, haciendo que dejara de ser el coto de caza de la casta de los herederos de la colonia para constituirse en el lugar de encuentro de las mayorías nacionales.

Luego de la estabilidad de la República Aristocrática, el orden oligárquico se sume en una prolongada crisis. La emergencia de las clases medias y de una nueva burguesía es el sustento social del leguismo, que intenta una remodelación y modernización del estado. Las actividades extractivas, en especial la minería, se constituyen en el eje de la economía nacional, al mismo tiempo que la industria conoce un moderado crecimiento. La incrementada presencia de capitales norteamericanos hace que el Perú pase de la esfera de la dominación inglesa a la esfera de la dominación estadounidense. Las luchas populares conocen un amplio desarrollo, surgiendo nuevos actores políticos que intentan asumir su dirección: el Apra y el Socialismo, que significan una profunda renovación ideológica en la enrarecida atmósfera nacional. El fracaso del proyecto leguista abre una grave situación de crisis. Muerto Mariátegui, el Partido Comunista sufrirá una decisiva derrota, asumiendo el Apra, por un largo periodo, la representación política del movimiento popular. La crisis es finalmente controlada con la violenta intervención de sucesivas dictaduras militares, que logran mantener precariamente la estabilidad del sistema.

Sin embargo la crisis se hace evidente en la creciente descomposición del gamonalismo serrano, incapaz ya de preservar la estabilidad social en los Andes. Se inicia el ciclo de las grandes migraciones campesinas hacia las ciudades, principalmente Lima, proceso que se acelera vertiginosamente en la década del 50. Si bien se produce un nuevo crecimiento industrial, fruto de la bonanza

originada por la guerra de Corea, que junto al sorprendente auge de la producción pesquera, permitieron al régimen de Odría impulsar una modernización de la infraestructura social, lo evidente es que el apiñamiento de masas pauperizadas en las ciudades costeñas va transformando el rostro del Perú. Las grandes luchas campesinas de fines del 50 y comienzos del 60 hacen notoria la fragilidad del estado oligárquico. Ni las tímidas reformas agrarias, ni los insustanciales afanes modernizadores del primer belaudismo alcanzan a paliar tales carencias. La capitulación del Apra ante las fuerzas oligárquicas y el resurgimiento de fuerzas de izquierda que comienzan a disputarle la base popular, impiden una salida en los marcos de la superficial institucionalidad liberal.

El gobierno militar de Velasco cierra esta larga crisis, procediendo a cancelar los restos del caduco orden oligárquico. Si bien las reformas impulsadas adolecieron de múltiples deficiencias, y todo el proceso se desarrolló sin una presencia popular autónoma, lo cierto es que clausuró una era liquidando la gran propiedad terrateniente y abriendo paso a una organización social más moderna. La antigua oligarquía quedará desplazada del poder, en beneficio de una nueva gran burguesía. La andinización de las ciudades ha generado los más vastos y acelerados procesos de transculturación, diseñando una nueva identidad popular cuyos desarrollos futuros es todavía difícil percibir con claridad. Las manifestaciones de la cultura andina no sólo han ganado un lugar en la ciudad, antaño de espaldas a ella, sino que fructifican a través de la acción de millones de descendientes de aquellos hombres que bajaron de los Andes en busca de un espacio de supervivencia en una ciudad de la que hoy se van haciendo crecientemente dueños.

Al comenzar el periodo podemos percibir en el sistema de la literatura ilustrada (o de élites) la presencia de dos secuencias emergentes, el regionalismo y el vanguardismo, que van desplazando al modernismo y confinándolo, todavía por algunos años, a una condición residual. Mariátegui, desde la dirección de *Amauta* cumple un rol central en la difusión tanto de la vanguardia, como del

regionalismo en su vertiente indigenista. El vanguardismo, que consigue rápidamente sus más esplendorosas realizaciones con *Trilce* de César Vallejo, parecerá imponerse unos breves años como secuencia dominante. Hacia fines del 20 presenciamos una vasta floración en que destacan poetas como Oquendo, Abril y algo más tarde Moro y Westphalen; en la narrativa es en cambio escasa la producción vanguardista, no pudiéndose dejar de mencionar una obra precursora como *La casa de cartón* de Martín Adán. A grandes rasgos es posible distinguir dos vertientes en la vanguardia peruana: una vanguardia de orientación regionalista, encabezada por la figura impar de Vallejo, y a la que podemos adscribir a autores como Gamaliel Churata y el grupo Orkopata; y una vanguardia más inclinada a lo cosmopolita, en la que destacan Adán, Moro, Westphalen. En los primeros años de la década del 30, la vanguardia pierde fuerza, muchos de sus autores representativos optan por el exilio o el silencio, siendo desplazada de su precaria condición dominante por el regionalismo, manteniendo sin embargo una presencia subterránea que le permitirá más tarde ejercer una vasta influencia en posteriores promociones.

El regionalismo, que emerge casi simultáneamente con la vanguardia, se consolida como secuencia dominante en el transcurso de la década del 30. Su vertiente más caracterizada es el indigenismo, iniciado con la obra de López Albújar, y que alcanza su culminación con *Ciro Alegría* y el primer Arguedas. Esta importante vertiente es tal vez la más característica expresión de heterogeneidad literaria: es un esfuerzo por dar cuenta de un referente andino desde la perspectiva de una instancia de producción, una estructura textual y una instancia de recepción de filiación occidental, no sin incorporar en sus mejores muestras rasgos de procedencia andina, entre ellos la inclusión del habla popular en el discurso de sus personajes. Una vertiente menos rica es el regionalismo costeño o criollista, iniciado por Valdelomar, y que tendrá su más destacado continuador en José Diez Canseco; en esta vertiente se incorporan también elementos del habla popular costeña en el discurso de los personajes. Igualmente hay que incluir

aquí una narrativa de la selva representada por autores como Arturo Hernández o Izquierdo Ríos. El regionalismo, que se manifiesta básicamente en la narrativa, mantendrá su posición dominante hasta bien entrados los años 50, continuando luego, y tal vez hasta hace pocos años, en condición de secuencia residual.

Alrededor del 45 el panorama comienza a complicarse y resulta más difícil deslindar con precisión las diferentes orientaciones. Lo que sigue tendrá por ello mucho de resumen descriptivo. Por el año señalado empiezan a percibirse nuevos fenómenos en la poesía ilustrada. Se retoman muchos de los aportes de la vanguardia, aunque despojándolos en gran medida de su beligerancia experimental, constituyendo lo que podríamos denominar una posvanguardia, representada por los poetas que se suele agrupar en la “generación del 50” (Eielson, Romualdo, Delgado, Belli). En la década del 60, con la apertura a influencias principalmente anglosajonas, se produce un rebrote del afán innovador, pero orientado ahora ante todo al trabajo del lenguaje coloquial y de la narratividad, en lo que podríamos denominar una neovanguardia (Cisneros, Hinostroza), propuesta cuya exacerbación representa el grupo Hora Zero.

En el campo del relato surge lo que se suele denominar genéricamente como una Nueva Narrativa. Ésta implica una renovación nutrida de los aportes procedentes de los códigos literarios vanguardistas; la experimentación con nuevas técnicas narrativas se hace visible primero en algunos narradores del 50, en especial Zavaleta, y alcanza sus mayores atrevimientos en la narrativa vargasllosiana de los 60. Dentro de las nuevas tendencias narrativas cobra especial relevancia la narrativa urbana y su expresión quizá más vigorosa, el neorealismo (Congrains, el primer libro de Ribeyro, parte de la obra inicial de Vargas Llosa), pero en ella caben otras múltiples orientaciones (Bryce, Loayza y gran parte de la obra de Ribeyro y Vargas Llosa). Al lado de esta narrativa urbana dominante cabe situar expresiones menos abundantes pero no menos fecundas, como el neoindigenismo. Se trata de una narrativa poderosamente transcultural, cuya textura está fuertemente

impactada por categorías procedentes de su referente andino y que suele incorporar el habla andina incluso en el discurso del narrador, además de recurrir a técnicas narrativas más modernas. Destaquemos aquí a las figuras de Vargas Vicuña, Scorza y sobre todo al segundo Arguedas, cuya obra es la expresión más fidedigna del cambiante rostro de la sociedad peruana, en especial en su novela póstuma *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, visión luminosa de la andinización de las ciudades costeñas.

En los otros sistemas literarios se producen importantes novedades. Cada vez más numerosas recopilaciones permiten conocer mejor estas literaturas antes marginadas. En el caso de la literatura quechua estas recopilaciones serán inicialmente obra de hombres como Arguedas o el padre Lira. Desde fines de los años 60 estas tareas serán crecientemente asumidas por lingüistas y antropólogos. Se recogerán así mitos y abundantes muestras de poesía popular y narrativa oral de las diversas regiones del país. Por la misma época se reivindican textos procedentes de la Colonia, que permiten un mejor conocimiento de las categorías propias del pensamiento andino: la crónica de Guamán Poma o *Dioses y hombres de Huarochirí*. Se producen a lo largo del periodo brotes de una literatura quechua (y también aymara) ilustrada, con la publicación de obras poéticas, generalmente en ediciones bilingües. En el campo de las literaturas en lenguas amazónicas a partir de la década del 60 abundan también las recopilaciones de literatura oral, a cargo igualmente de antropólogos y lingüistas. No faltan tampoco recopilaciones de la producción popular en castellano, tanto costeña (las décimas), como serrana (la narrativa oral de Cajamarca).

Señalemos por último que a lo largo del periodo se consolida el estudio riguroso de la literatura peruana, conjugando los esfuerzos de la historia, la crítica y la teoría literarias. En este proceso destacan figuras como las de José Carlos Mariátegui, Luis Alberto Sánchez, Estuardo Núñez, Alberto Escobar o Antonio Cornejo Polar, para sólo mencionar a los más gravitantes.

* * *

El panorama social y literario de las dos o tres últimas décadas resulta aún demasiado confuso para el ojo de un observador de principios del tercer milenio. Por ello, sería prematuro considerarlo en una visión de síntesis como la presente. Queda la tarea para estudiosos posteriores.